

ciudad sacudió todos los corazones, e hizo que el día en nada fuese mejor que una noche, no por haberse extinguido las luces, sino por la tristeza y el temor que ofuscaban vuestros ojos. Pues para que tomemos más placer también nosotros, quiero conmemorar unas cuantas cosas que sucedieron. Tanto a vosotros como a vuestros descendientes todos veo que es útil la narración de éstas, porque también a los náufragos, que están salvos, es agradable recordar el oleaje, y la tempestad, y los huracanes, una vez que llegaron al puerto; y a los que han estado enfermos es muy grato el contar a los otros después de su enfermedad las fiebres por las que llegaron a estar en peligro de muerte. Que una vez que han pasado los peligros graves, el recuerdo de éstos contiene placer, cuando el alma no teme, sino que experimenta mayor delectación. Porque la memoria de los males pasados ofrece la tranquilidad presente para saborearla con más cuidado.

CONSTERNACIÓN DE LOS ANTIOQUEÑOS DURANTE LA INQUISICIÓN SOBRE LAS ESTATUAS DERRIBADAS. Pues luego que la mayor parte de los ciudadanos, por miedo y a causa de aquella amenaza, se marchó a los desiertos, a las cuevas de los montes y a los lugares ocultos, obligándoles el miedo en todas partes; y las casas estaban vacías de mujeres, la plaza de hombres, y apenas dos o tres se veían andando a la vez, y aun éstos parecían esqueletos animados que ambulaban: acudíamos al foro judicial para ver en qué paraban los hechos, y mirando las restantes multitudes reunidas, hemos admirado esto más que todo, que permaneciendo la muchedumbre delante de las puertas, lo mismo que si no hubiera nadie era profundísimo el silencio, mirándose todos unos a otros, sin que ninguno se atreviese a preguntar al presente, o a escuchar algo del mismo. Porque cada uno tenía por sospechoso al próximo: pues fueron muchos ya los que impensadamente contra toda esperanza arrebatados del medio de la plaza eran encerrados adentro; y todos igualmente mirábamos al cielo, y extendíamos las manos, esperando silenciosamente ayuda de lo alto, y suplicando a Dios que asistiese a los que debían ser juzgados, y ablandase los corazones de los jueces, y que suavizase la sentencia. Y así como los que desde tierra ven a los náufragos, que sí se acercan, y alargan las manos, pero no pueden vencer el peligro, por verse alejados por las olas, desde fuera en la misma orilla, levantando las manos y llorando oran a Dios que asista a los que fluctúan; así también allí todos tácitamente invocaban a Dios, pidiendo que alargase la mano a los llevados al tribunal, arrebatados por el oleaje, y no permitiese que la nave se hundiese, y que

no resolviese el juicio de los jueces en el extremo naufragio. Y esto era sí lo que estaba delante de las puertas; mas después que entramos dentro de la sala, vimos de nuevo cosas aún más terribles, soldados con espadas y clavas armados, y que proporcionaban a los jueces interiormente gran tranquilidad. Pues porque todos los allegados, las mujeres, las madres, las hijas, los padres se habían apostado en las puertas, para si acontecía que alguno fuera a la muerte conducido, encendido con el espectáculo de la calamidad, provocase un tumulto y perturbación, a todos los alejaban los soldados, que se apoderaban del ánimo de los mismos con el pavor.

ESPECTÁCULO MISERABLE. Pero lo más miserable de todo, que la madre y la hermana de uno, que era dentro juzgado yacían por tierra a la entrada de los jueces, cubriéndose de polvo, convertidas en un espectáculo para todos los circunstantes, tapados los ojos, y avergonzándose tan sólo tanto, cuanto consentía la inminencia de la calamidad: no les asistían ni sirvienta ni vecina, ni amiga, no otra alguna allegada, sino solas, vilmente vestidas, puestas en medio de tantos soldados aproximándose arrastradas por tierra a las mismas puertas, padecían tormentos mayores que los que dentro eran juzgados, oyendo la voz de los verdugos, el sonido de los azotes, el llanto de los azotados, las tremendas amenazas de los jueces, y en tanto que cada uno era flagelado, se consumían éstas con dolores más graves que aquéllos. Pues porque había peligro de declaración de crímenes en los testimonios de los otros, si alguna vez oían que uno era azotado para que dijese los reos, y que se lamentaba, mirando al cielo rogaban a Dios que le diese fortaleza y tolerancia, para que no fuese traicionada la salvación de los allegados por la debilidad de los que no tenían valor para soportar el cruel dolor, y sucedía de nuevo lo que a los náufragos suele. Pues así como éstos, si ven de lejos el golpe de las olas que se levanta, que poco a poco crece y amenaza sumergir la nave, aun antes que esté más cerca, se quedan como muertos de miedo: lo mismo ellas, cuando oían salir las voces y lamentos, temerosas de que agotados algunos de los que en tormento eran obligados a declarar, no lo hicieran en contra de algún allegado, veían ante los ojos muertes sin cuento. Y eran de ver tormentos dentro, tormentos fuera, pues a aquéllos los atormentaban los verdugos, a éstas el imperio de la naturaleza y la compasión de las entrañas: dentro llantos, fuera llantos; dentro los de los reos, fuera los de los parientes. Y aun más si sólo los mismos, que hasta los mismos jueces lloraban de

corazón, y obligados a prestar servicio en tan acerba calamidad, sufrían más que todos.

2. Yo pues que asistía y veía estas cosas, que las mujeres y las doncellas virginales, acostumbradas a los tálamos (recatadas), ahora están para común espectáculo de todos, y las que usaban blanda cama tener ahora por cama la tierra, y las que poco ha tenían tanto servicio de sirvientes, eunucos y de toda la restante pompa, privadas ahora de todas aquellas cosas, estuvieron posternadas a los pies de todos, pidiendo a cada uno que ayudaran en algo, según pudieran, a los que habían de ser juzgados, y a la vez que todos diesen a los reos alguna misericordia, dije lo de Salomón: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (Ecl. 1,2). Porque veía cumplirse realmente éste y otro oráculo, a saber: *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado. Se seca el heno y la flor cae* (Is. 40,6-7).

Pues entonces eran nada la nobleza, el linaje esclarecido, el patrocinio de los amigos, el parentesco, y todas las ayudas de la vida, por el pecado y la maldad cometidos que destruye todo este auxilio; y así como la madre que al venir ve robados sus polluelos y al encontrar vacío el nido, aunque no puede ciertamente arrebatar los polluelos cogidos, pero volando en derredor del cazador, con esto mismo manifiesta su dolor; así hacían aquellas mujeres, habiendo sido sus hijos arrebatados de la casa, y en lo interior como enredados en un lazo o red, no podían de cierto acercarse, ni arrancar los presos; pero revolcándose postradas ante las puertas, llorando, gimiendo, y tentando de aproximarse a los soldados de guardia, manifestaban el dolor.

Y entonces al ver estas cosas, pensé en el juicio tremendo, y decía para mí: Si ahora, que son jueces los hombres, no hay quien pueda librar a los reos, ni la madre, ni la hermana, ni el padre, ni otro que sea, aunque esté inmune de lo perpetrado, ¿quién nos asistirá en el tremendo juicio de Cristo, estando nosotros para ser juzgados? ¿Quién se atreverá a levantar la voz? ¿Quién podrá arrebatar libres a los conducidos a las penas aquellas intolerables?

Ahora bien: los que entonces eran juzgados eran los primates de la ciudad, la primacía de la nobleza. Sin embargo contentos se habrían visto, si se les hubiese concedido que, perdiéndolo todo, y si fuera preciso, hasta la misma libertad, conservaran la vida presente. Mas pasado el día, muy entrada la tarde, esperando el final del juicio, estaban todos en mayor ansiedad, y a Dios pedían que se diese alguna dilación y prórroga, y al irritado ánimo de los jueces, que dieran

cuenta al Emperador de lo actuado para que él sentenciase: pues algún bien habría en esta dilación. Y se hacían a los benignos oídos de Dios súplicas comunes del pueblo para que salvase las reliquias de la ciudad, y no dejase que fuese totalmente arrasada. Y no había uno que con lágrimas no le clamase. Sin embargo, nada de esto doblegó entonces a los jueces que actuaban en estas causas; sólo a una cosa miraban, a que se hiciese una diligente indagación de los hechos; y al fin encadenados eran conducidos por medio de la plaza a la cárcel hombres que en su casa mantenían caballos, acostumbrados a proyectar conquistar brabeyas (premios públicos) y que podían contar otros innumerables preclaros oficios: los bienes eran confiscados, y en las puertas de todos podían verse las señales. Y las mujeres de éstos arrojadas de la casa paterna, cada una prácticamente cumplía aquello de la mujer de Job: vagaban de una casa a otra, las que necesitaban posada, que ni esto les era fácil encontrar, temiendo y temblando cada cual de recibir a alguno, pariente de los reos, y de cuidarle.

LA CALAMIDAD GUÍA HACIA LA VIRTUD. No obstante los que tanto pasaron, de todo estaban contentos porque no habían muerto; y ni la multa pecuniaria, ni la ignominia, ni tanta tropelía, ni cosa alguna semejante les atormentaba. Pues la magnitud de la calamidad, y la presunción de padecer otras mayores hízoles filosofar tanto en sus almas; y entonces aprendían cuánto nos es la virtud fácil y propensa, expedita, y que sólo por nuestra negligencia parece ser trabajosa. Porque éstos, que poco antes no soportaron bien una pequeña multa, impresionados por un miedo más grande, habiendo perdido todos los bienes, igual que si hubieran encontrado un tesoro, así se portaban, porque no habían perdido la vida. Así es que si el temor del infierno futuro no dominase, y meditásemos aquellas intolerables penas, aunque entregáremos la hacienda, la vida, el cuerpo por las leyes de Dios, no nos doleremos, sabiendo que más ganamos al librarnos de las penas futuras.

Acaso vuestro corazón se ha enternecido no poco en la deplorable exposición de lo dicho; pero no lo llevéis a mal: porque como he de emprender más graves sentencias, y necesito de corazones tiernos, lo he hecho intencionadamente, para que sacudida toda pereza, con el temor de la narración, vuestra mente, despegándose de todos los cuidados de la vida, con grande facilidad recoja en lo hondo del alma el poder de lo que se ha de decir.

3. Pues bastante y anteriormente nos ha demostrado el discurso que en nosotros hay infundida naturalmente la ley de lo bueno y de lo



contrario; mas con el fin de que la demostración nos resulte más clara, vamos también hoy a trabajar el sermón sobre el mismo asunto.

Y que Dios, desde el principio, al formar al hombre, lo hizo conocedor de ambas cosas (del bien y del mal), lo demuestran todos los hombres; en pecando nos avergonzamos ante los súbditos, y a veces el señor que iba a una ramera, habiendo visto a alguno de los siervos, que son más modestos, se avergonzó, y desistió de su mala andanza. También cuando otros nos llaman apodos que envuelven o indican nuestros vicios decimos que eso es contumelia; y si lo llevamos a mal, citamos a juicio a los que lo han hecho. Así es que sabemos qué cosa es vicio, qué sea virtud.

LEYES DE LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO. Pues bien: declarando eso mismo Cristo, y demostrando que El nada nuevo, o que trascendiese nuestra naturaleza, sancionaba, sino lo que desde el principio había impreso en nuestra conciencia, después de tantas bienaventuranzas decía así: *Haced vosotros con los hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros* (Mt. 7,12). Que fue como decir: No son necesarios muchos discursos, ni prolijas leyes, ni varia doctrina: tu voluntad sea la ley.—¿Quieres obtener beneficios?—Haz a otro favor.—¿Quieres conseguir misericordia?—Compadécete del prójimo.—¿Quieres ser alabado?—Alaba a otro.—¿Quieres ser amado.—Ama.—¿Quieres ocupar las primerías?—Antes ofrécelas a un tercero. Sé tú el juez, sé el legislador de tu vida. Y otra vez: *Guárdate de hacer jamás a otro lo que no quisieras que otro te hiciese a ti.* (TOB. 4,16). Con esto induce a la fuga de lo malo, con aquello a la práctica de la virtud. Lo que odias, a nadie lo hagas. ¿Aborreces el padecer contumelia?—No contumelies a otro.—¿Aborreces el ser engañado?—Tú no engañes a otro.—Y realmente, si guardamos estos dos mandatos, no necesitaremos más disciplina.

Infundió en nuestra alma el conocimiento de la virtud, pero la acción y aplicación la dejó a nuestra voluntad. Puede que esté oscuro lo que he dicho: por esto voy a proponerlo con más claridad.

Para que sepamos que la templanza es buena, no tenemos necesidad de palabras ni de doctrina: porque en la naturaleza tenemos mal conocimiento, ni es preciso que con trabajos y fatigas vayamos de una parte a otra y preguntemos si la templaza es buena y útil: porque todos de común acuerdo lo confesamos, y nadie duda de la virtud. Y del mismo modo juzgamos que el adulterio es malo, y tampoco en esto hay que trabajar ni necesitamos enseñanza para que sea conocida

la malicia de este pecado, sino que en estas materias todos estamos enseñados por nosotros mismos; y recomendamos la virtud, aunque no la practiquemos; como así mismo aborrecemos el vicio, aunque lo cometamos.

Y esto ha sido un máximo beneficio de Dios, el que aplicara nuestra conciencia y voluntad, aun antes de la operación a la virtud, y que la hiciese contraria a la maldad. Pues como he dicho, el conocimiento de estas dos cosas está impreso en la conciencia de todos los hombres, y no necesitamos de maestro para aprenderlo; pero la práctica es cosa de trabajos, de voluntad y de cuidado. Y ¿por qué? –Porque si todo lo hubiese dado la naturaleza estaríamos sin coronas y premios, y así como los brutos no deben ser recompensados ni alabados de las virtudes que les son naturales, lo mismo seríamos nosotros, si hubiésemos tenido algo semejante. Pues la alabanza y encomio de los bienes naturales no pertenecen a los que los tienen, sino al que los da. Que por esto no lo cedió todo a la naturaleza, ni tampoco concedió que la voluntad cargase con todo el peso, ora del conocimiento, ora de la aplicación, para que no aborreciese la virtud por causa del trabajo; sino que la conciencia dicta lo que debe hacerse y a la voluntad toca poner lo pertinente a la operación. Así conocemos sin trabajo que es cosa buena el vivir con regla y medida, porque éste es conocimiento natural; pero no podemos practicar la templanza, si no es trabajando y refrenando las concupiscencias y soportando mucho trabajo. Porque esto no lo tenemos de la naturaleza, como el conocimiento, sino que exige constancia y empeño.

Y no nos alivió el peso así sólo, sino además de otro modo, dejando que tengamos algunas cosas naturales de los mismos merecimientos. Porque el indigno junto con los que padecen contumelia todos lo tenemos de natural (porque al momento nos convertimos en enemigos de los que atacan, aunque nosotros nada hayamos sufrido), y el congratular a los que reciben defensa y auxilio, y el afligirnos en las calamidades ajenas, y el recrearnos con el mutuo amor. Pues aunque los acaecimientos parezcan poner o indicar alguna cierta enemistad, sin embargo tenemos entre nosotros un amor común. Y para indicar esto decía el sabio: *Todo animal ama a su semejante; así también todo hombre debe amar a su prójimo* (ECCL0, 13,19).

4. Pero Dios nos ha dado muchos otros preceptores además de la conciencia; porque los padres para los hijos, los señores para los siervos, los maridos para las mujeres, los doctores para los discípulos,

los legisladores y los jueces para los súbditos, y los amigos para los amigos. Pero a veces aun de los enemigos nos lucramos no menos que de los amigos; porque habiéndonos echado en cara nuestros pecados, aun sin pretenderlo nos invitan a corregirlos.

Pues tantos doctores nos ha impuesto, para que se nos hiciera fácil el dar con lo útil y el reparar, estando la muchedumbre que nos obliga a esto y no permite que nos desviemos de lo que nos es conveniente. Porque si despreciamos a los padres, por temor a los magistrados seremos más afables: y si no los miramos en los pecados, jamás podemos huir de la reprensión de la conciencia; y si a ésta desdeñamos y rechazamos, temiendo la opinión común, seremos mejores; si de ésta no nos avergonzamos, el infuso temor de las leyes podrá corregirnos aun sin quererlo nosotros, y los maestros y los padres a los que son jóvenes, y los legisladores y príncipes arreglan a los adultos que toman a su cuidado, y los siervos, que perezosamente se portan, tienen necesidad de observar modestia tanto por los antedichos, como por los señores, y las mujeres por los maridos; y por doquiera tiene nuestro linaje muchos muros para que no resbalemos y caigamos con facilidad en el vicio.

Y además de todo esto, ya las enfermedades, ya los apuros de los negocios nos enseñan: porque la pobreza coarta, la multa corrige, el peligro retrae, y mil otras cosas semejantes. ¿No imponen terror el padre, ni el maestro, ni el príncipe, ni el legislador, ni el juez, ni te confunde el amigo, no te muerde el enemigo, no te castiga el señor, no te enseña el marido, no corrige la conciencia? Pero la enfermedad corporal, que sobreviene, a veces todo lo corrigió, y la multa volvió más humano al audaz; y lo que es más, ciertamente, no sólo a nosotros, sino también a los demás suelen ayudar grandemente los males que acaecen, y sin haber pasado nada grave, habiendo visto que otros eran castigados, hemos quedado no menos corregidos que ellos.

CONTRA LOS JURAMENTOS. Esto puede también cualquier ver que acontece en las obras buenas, pues así como unos se hacen mejores cuando ven que otros son penados, así por los que se portan bien son muchos los que se estimulan a imitarlos, y es lo que sucede en huir de los juramentos. Pues muchos, habiendo visto que otros han abandonado la mala costumbre de jurar, han imitado el cuidado y han vencido el pecado; por este motivo también nosotros tocamos otra vez más pronto la misma amonestación. Porque no me diga ninguno: muchos se han corregido; no es esto lo que se busca, sino que todos (se

corrijan). Hasta que haya visto esto, no puedo respirar. Aquel pastor que tenía cien ovejas, habiendo perdido una, no sintió contento de las noventa y nueve, hasta que la encontró y restituyó a la grey (Mt. 18,12-13). ¿No ves que se hace esto en el cuerpo?, pues aunque no sea más que el haberse quebrado o levantado una uña al tropezar, todo el cuerpo conduele al miembro. No digas, pues: Unos cuantos han quedado que no se han corregido; antes bien, considera que estos pocos no corregidos corromperán a muchos otros. Pues aunque entre los Corintios sólo uno había fornicado, con todo gemía Pablo como si estuviese perdida toda la ciudad(1 Cor. 5); y con razón: porque sabía que, no habiendo corregido a aquél, el vicio que se deslizaba invadiría también a todos los demás. Poco hace he visto en el tribunal atados y conducidos por medio del foro aquellos varones ilustres, y mientras que algunos se admiraban del exceso de contumelia, decían otros: no hay de qué admirarse, pues cuando hay sentencia de condena, de nada aprovecha la dignidad. Y cuando haya impiedad, ¿no habrá mucha mayor razón de que en nada ayuda la dignidad?

5. Pensando, pues, estas cosas, despertémonos: que si vosotros no pusiéreis cuidado, en vano lo hacemos todo. Y esto ¿por qué? ¿Porque el magisterio no es como las restantes artes? El platero maestro, que ha labrado un objeto cualquiera y lo ha guardado, al día siguiente lo encontrará otra vez igual; y el bronceista, y el marmolista, y cualquier otro artista tal cual deja su trabajo, así de nuevo lo encontrará. Pero no es así en nosotros, sino todo lo contrario: pues no labramos cosas inanimadas, sino que forjamos las almas racionales. De aquí que no os encontramos tal como os dejamos, mas después que a los que hemos recibido, los hayamos con mucho trabajo reformado y corregido, y los hayamos hecho más fervorosos, una vez salidos otra vez los pervierte la concurrencia de los negocios que se ofrece por todas partes, y nos ocasiona mayor dificultad. Por esto suplico y ruego que pongáis mano alargándola, y todo el empeño que pongo aquí yo para vuestra corrección, otro tanto pongáis vosotros acerca de vuestra salvación, cuando de aquí hayáis salido. Ojalá fuera posible que yo mereciese mucho por vosotros, y que vosotros recibíseis los premios (=brabeyas) de los merecimientos, y nos os habría vejado tanto.

Pero ¿qué hacer? Esto es imposible: a cada uno se retribuirá según sus obras. Así pues, como la madre que está viendo al hijo febricitante, que asiste al enfermo y febril, llorando dice al hijo enfermo: hijo, ojalá pudiera yo quitarte la fiebre, pasando a mí la calentura; así es



como en verdad os digo yo ahora: Ojalá fuera posible que, trabajando yo por vosotros, hiciese a todos bien. Pero esto no es posible; no, no es posible, sino que es necesario que cada cual dé cuenta de sus actos, y no se puede ver que sea castigado uno en vez de otro. Por esto me duelo y lloro, porque no podré asistirlos a vosotros acusados en aquel día, máxime no teniendo tanta confianza ante Dios; pero aunque tuviese confianza, no soy más santo que Moisés, ni más justo que Samuel, a quienes habiendo alcanzado tanta virtud, respondió que en nada podían ayudar a los Judíos, porque le habían servido con demasiada pereza (JER. 15,1).

Ya, pues, que por nuestras obras somos castigados y salvados, cuidemos, os lo pido, con todos los demás guardar cumpliendo este mandato, para que, al partir de aquí en buena confianza, consigamos los bienes prometidos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre sea dada gloria en unión del Espíritu Santo, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA XIV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIV.

1. De los nuevos sobresaltos nos ha consolado Dios,—manifestándonos además su providencia en haberlos permitido.—Lo mismo hizo con Pablo para que de él aprendamos.—Dios nos pone en nuevas pruebas buscando el hacernos más piadosos.

2. Nuevamente contra los juramentos.—La cabeza de Juan Bautista.—El juramento, tanto que se observe, como que se quebrante, hace reos de pena a los que juran.—El que suele jurar, generalmente perjura.—No sólo los perjuros, sino también los que motivan los perjuros, son reos de tal crimen.—Astucia del demonio en los juramentos.—Juramento y perjurio de Saúl.

3. Violación del juramento de Saúl,—por Jonatás.—Ejemplo de Jefité, que sacrificó a su hija por observar un juramento.—Providencia de Dios al no estorbarlo.—De Saúl y Jonatás.

4. Los judíos eran inexpugnables mientras no pecaban: ejemplo de los Madianitas.—Costumbres meretricias.—Saúl no obtiene respuesta del Señor.—Temeridad del nuevo juramento de Saúl.

5. Las suertes.—Jonatás declara y se entrega.—Tercer juramento de Saúl.—El pueblo salva a Jonatás de la muerte.—Juramento del pueblo contrario del que hizo el rey.—Muchos daños de los juramentos.—Perjuros cometidos.

6. Un solo juramento acarreó a los judíos males sin cuento.—El Emperador prohibió a los Antioquenos los baños por castigo.—Si se observa este mandato, que es molesto, ¿por qué no se guarda el de no jurar, que es fácil y provechoso?—Heridas y deshonor que causan los juramentos en las almas.

\* \* \*

### ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> No consta ciertamente en qué día se pronunció esta homilía ni hay por qué adivinarlo.

2.<sup>a</sup> Libre y esperanzada la ciudad, de nuevo algunos con rumores infundados y tremebundos la turbaron, pero fueron convictos de falsedad.

3.<sup>a</sup> Eficazmente insiste sobre los juramentos y confirma la doctrina con los tristes ejemplos de Saúl y Jonatás, de Jefité y su hija, del pueblo judío, de Herodes, etc.

4.<sup>a</sup> La enseñanza moral es muy abundante, la exposición clara, la exhortación patética.

\* \* \*

1. Ayer no nos perturbó poco el diablo la ciudad, mas Dios aún nos ha consolado de nuevo y no poco, de tal suerte que cada uno de nosotros pueda repetir el dicho del profeta: *A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron de alegría a mi alma* (Ps. 93,19). Y no sólo al consolar, sino también al permitir que seamos perturbados, Dios nos ha manifestado su providencia. Pues lo que nunca he cesado de decir, lo diré hoy también, que no tan sólo el solucionar las calamidades, sino que, asimismo, el permitir las es cosa de la benevolencia de Dios. Pues en viéndonos que nos dejamos inclinar a la pereza, y que nos apartamos de su trato familiar, y que tenemos a menos las cosas espirituales, nos deja un poco, para que así castigados volvamos a El con más deseo. Y ¿por qué te admiras, si hace esto con los que andamos perezosos, habiendo dicho Pablo que tanto en él como en sus discípulos era ésta la causa de las tentaciones? Pues enviando a los Corintios la segunda carta, decía así: *No quiero, hermanos, que ignoréis la tribulación que padecemos en el Asia, de que nos vimos abrumados, [males] tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas que nos hacían pesada la misma vida. Pero sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte* (2 COR. 1,8-9); como diciendo: tan grandes peligros nos han sobrevenido, que abominaríamos de vivir, y no esperábamos ya más que sobrevendría algún buen cambio, ni que se hubiera de esperar más que la muerte; que esto vale aquel *Sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte*, pero con todo, después de tanta desesperanza, Dios disipó la tormenta, y alejó la nube, y nos arrebató de las mismas fauces de la muerte. Luego, para demostrar que el conceder que cayésemos en tan grande peligro era una grande obra de providencia, hace recuento de las ganancias nacidas de las tentaciones; y éstas eran el mirar a El con asiduidad, pero sin engrairse ni ensoberbecerse por nada. De aquí que habiendo dicho *Sentimos pronunciar allá dentro el fallo de nuestra muerte*, alegó a la vez la causa. Y ¿cuál es esta causa? *A fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos*. Pues suele despertar a los que dormimos y estamos remisos, y hacernos más piadosos por la condición de las tentaciones.

Así pues, querido, cuando vieres una prueba en verdad ya extinguida, pero que otra vez está encendida, no decaigas de ánimo ni rehuyas, sino ten buen esperanza, pensando en tus adentros que Dios te pone en manos de los enemigos no por odio ni aversión, sino

buscando el hacernos más cuidadosos y más familiares o piadosos con El.

Por lo tanto no nos desalentemos, ni perdamos la esperanza de ir a mejor, sino esperemos una rapidísima tranquilidad que vendrá; y dejando a Dios el poner fin a todos estos tumultos por los que estamos agitados, toquemos de nuevo los acostumbrados asuntos y presentemos la doctrina que solemos: pues otra vez quiero hablaros de la misma materia, para extirpar radicalmente de vuestra alma la ímproba costumbre de jurar.

2. NUEVAMENTE CONTRA LOS JURAMENTOS. Por esto tengo necesidad de acogerme otra vez a la misma súplica. Pues antes os rogué que, tomando la cabeza de Juan Bautista, que destilaba aún sangre caliente y había sido cortada, cada uno se volviese así a su casa, y cada cual piense que tiene a la vista a aquél que hablaba y decía: Tened odio a mi verdugo el juramento: lo que no pudo la ira del tirano, consiguiolo la necesidad de un juramento. Es así en verdad: cuando era reprendido públicamente oyéndolo todos, el tirano soportó generosamente la increpación; pero cuando se envolvió en el juramento obligante, entonces cortó aquella dichosa cabeza.

Pues lo mismo os pido también ahora, y no cejaré, para que dondequiera fuéremos, vayamos llevando esta cabeza, y la enseñemos a todos clamando y vituperando los juramentos. Pues por más desidiosos y negligentes que seamos, cuando miremos aquellos ojos, que nos miran terribles, y que amenazan a los perjuros, contenidos por este miedo con más fuerza que con cualquier freno, podremos cohibir y apartar fácilmente la lengua del precipicio de jurar.

Porque ni es sólo esto lo malo del juramento, porque ya se observe, ya se quebrante, a los reos de juramento los hace reos de pena, cosa que no sucede con ningún otro pecado, como puede ver cada cual. Mas todavía hay un mal mayor que éste. —¿Qué cuál es?— Que muchas veces no es posible jurar debidamente aun queriéndolo e intentándolo. Primero, porque el que jura con frecuencia, sea queriendo, sea sin querer, a sabiendas, o sin saber, ya en serio, ya en broma, unas veces arrebatado de la ira, otras de mil cosas más, generalmente perjurará. Y no contradirá nadie a esto: tan claro y manifiesto es que quien jura mucho, es preciso que sea perjuero. En segundo lugar, aunque no arrebatado, o sin querer o sin darse cuenta, quien padece esto, por la misma naturaleza del juramento, se verá forzado a perjurar. Pues muchas veces estando en casa comiendo y faltando alguno de



los siervos, juró la mujer que le castigaría, el marido juró al momento lo contrario, y resistió, y no lo permitió. En este caso, hagan lo que hagan, necesariamente hay un perjurio: pues ni por más que ellos quieran e intenten es posible guardar el juramento, sino que suceda lo que suceda, uno de los dos se hará reo de perjurio, o antes bien los dos, de una manera que diré: porque esto es para admirado. El que juró que azotaría al siervo, o a la esclava, impedido después, ya perjuró, porque no ha hecho lo que juró, y al que le prohíbe y le impide verificar el juramento se hace reo de perjurio. Porque no sólo los que perjuran, sino también los que a otros ponen tal necesidad, son reos de los mismos crímenes, y no solamente en casa, que también en público vea cada uno hacerse, y sobre todo en las luchas, cuando los que luchan juran cosas contrarias: el uno que azotará, el otro que no será azotado; éste que ha de quitar la capa, aquél que no se la dará; y los luchadores juran muchas otras cosas de este tenor. Vea, asimismo, cada uno que lo mismo sucede en las oficinas y en las escuelas. Muchas veces el artífice juró que no permitiría que el discípulo comiese y bebiese antes de que hubiera entregado acabada la obra o tarea impuesta. Asimismo, el pedagogo a veces con el niño, y el ama con la esclava, lo hizo; y cuando cae la tarde y la faena no está concluida, hay que, o dejar morir de hambre a los que no han cumplido la obra, o que perjuren en absoluto los que habían jurado.

Porque el maligno demonio está siempre insidiando a las buenas obras nuestras, y oyendo la obligación de los juramentos, empuja a los delincuentes hacia la desidia, o maquina otra dificultad, para que no habiendo cumplido la obra, se sigan castigos, y contumelias, y perjurios y mil otros males. Como pasa a los muchachos que tiran de una cuerda larga, pero pasada, en sentido contrario y con mucho ímpetu, que caen todos de espaldas rota la cuerda por la mitad, y éstos quedan heridos en la cabeza, aquéllos en otras partes del cuerpo: así sucede entre los que juran cosas contrarias, quebrantando el juramento por la necesidad de las cosas, caen todos en el infierno del perjurio, éstos porque perjuran, y aquéllos porque dan a los otros causa para jurar.

POR LA HISTORIA DE SAÚL SE MANIFIESTA EL DAÑO DE LOS JURAMENTOS. Y para que no tan sólo por lo que en las casas y plazas sucede a diario, sino también por las mismas Escrituras, quede manifestado esto, os narraré una historia antigua, que conviene con lo dicho. En cierta ocasión, habiendo los enemigos invadido la Judea, y habiéndolo-

les acometido Jonatás (éste era el hijo de Saúl), y habiéndolos degollado a unos, y a los otros obligado a huir: queriendo Saúl su padre levantar un ejército más numeroso en contra de los que restaban, y hacer que no desistiera antes de haberlos aplastado a todos, hizo lo contrario de lo que intentó: juró que nadie comería pan hasta la noche, hasta la venganza de sus enemigos. ¿Qué podría haberse hecho más tontamente? Pues cuando había debido refocilar a los soldados, fatigados y oprimidos por el mucho trabajo, y más fortalecidos echarlos contra los enemigos, los sometió a lo que es más grave que los enemigos, al hacerles sufrir hambre grandísima en fuerza del juramento (1 REG. 14,24ss). Puesto que es en verdad peligroso por sí mismo el jurar (que muchas veces nos hallamos forzados por las circunstancias); pero es mucho más peligroso obligar la palabra de otros con la fuerza de los juramentos, y sobre todo cuando se jura, no por uno, dos, o tres, sino por una multitud infinita, como entonces lo hizo Saúl inconsideradamente, y probablemente ni pensó que uno siquiera quebrantaría el juramento, ni tuvo cuenta con los soldados, y con soldados que peleaban y muy ajenos de la filosofía, que no podían vencer (el hambre) exigencia del vientre, y precisamente habiendo tanto trabajo. Mas él, menospreciando todo esto, como si jurara en nombre de uno solo, a quien con facilidad pudiera cohibir, lo mismo pensó de todo el ejército. Y así abrió al diablo puerta tan ancha que no dos, o tres, o cuatro, sino muchos más perjurios enlazaba en corto tiempo con este juramento. Pues así como nada jurando le cerramos todas las entradas, así con un solo juramento que hayamos pronunciado le damos grande poder de arreglar infinitos perjurios. Y así como quien recoge una cadena, como tenga el eslabón primero, con facilidad y prontitud despacha la serie de anillas; pero si no hay uno que lo haga, ni a comenzar puede: de igual manera el diablo, que forja también cadenas de pecados nuestros, como no tenga principio en nuestra lengua, ni intentarlo puede ciertamente: pero con sólo que nosotros hayamos dado comienzo con la lengua en vez de mano, a los que retiene con el juramento, trabaja en su maligno arte con gran libertad, componiendo y tejiendo de un juramento mil perjurios: que es precisamente lo que hizo allí con Saúl. Mira qué tal lazo nace de este juramento.

El ejército pasaba por un bosque que tenía colmenas o enjambres de abejas, y la miel estaba al alcance de todos, y el pueblo no tocó a los panales, y pasaba hablando (sin acercársela a la boca). —¿Ves

cuánta confusión?— Una mesa extemporánea, para que la facilidad de acercarse, y la suavidad de la comida, y la confianza de quedar oculto, los halagase para quebrantar el juramento. Porque el hambre, el trabajo y el tiempo, pues dice: *Se hallaba miel en la superficie del campo* (1 REG. 14,25), provocaban entonces a prevaricar. También la vista de los panales, quebrantando la fortaleza del ánimo, los invitaba desde fuera. Puesto que tanto la dulce mesa, como la fácil provisión, como la dificultad de ser descubierto el hurto eran capaces de engañar a toda filosofía (ascética). Porque si hubieran sido carnes, que había que cocer o tostar, no hubiesen solicitado tanto sus ánimos, teniendo que detenerse y tardar en cocerlas y prepararlas para comer, temiendo verse sorprendidos en esto: mientras que ahora no hay nada de esto, es miel sólo, en la que nada hay que hacer; pues era bastante extender la mano y coger de la mesa. Con todo, ello vencieron su apetito y no dijeron interiormente: ¿a nosotros qué? ¿acaso lo ha jurado alguno de nosotros?, el pagará su merecido del inconsiderado juramento. Pues ¿por qué juraba?

Pero nada de esto pensaron, sino que pasaban con grande reverencia: y siendo tantos los alicientes que los solicitaban, guardaban la disciplina, *nadie osó tocarla y acercarse a la boca* (1 REYES, 14-26). ¿Qué es esto: hablando? Hablaban entre sí consolando con palabras el dolor.

3. Pero después que el pueblo observó disciplina, ¿es que no hubo nada más, sino el juramento cumplido? Ni así quedó cumplido, sino violado. Y vais a oír al momento cómo y de qué manera, para que aprendáis toda la maña del diablo. *Jonatás*<sup>4</sup>, *que no había oído la protesta que su padre había hecho al pueblo con juramento, alargó la punta del bastón que tenía en la mano, y mojola en un panal de miel, y aplicola a su boca, con lo que recobró el vigor de sus ojos* (1 REG. 14,27). Observa a quién empujó a perjurio, no a uno de los soldados, sino al mismo hijo del que había jurado, puesto que no quería tan sólo que se cometiera el juramento, sino que preparaba la muerte del hijo, y aún esto intentaba primero, y se precipitaba a dividir la naturaleza contra sí misma; y se prometía que había de repetir ahora lo que antes había hecho en Jepté. Porque éste, habiendo prometido a Dios que

---

4. “Pero Jonatán, que nada sabía del juramento que su padre había hecho hacer al pueblo, metió la punta del bastón que llevaba en la mano en un panal de miel, y se lo llevó a la boca con la mano, y le brillaron los ojos.” Así traduce NÁCAR-COLUNGA, pág. 286.

sacrificaría al primero que le saliese al encuentro después de la victoria, cayó en matar a la hija; que a la hijita, que le salió a recibir, inmoló, y Dios no lo estorbó.

CON EL EJEMPLO DE JEPTÉ SE MANIFIESTA EL DAÑO DE JURAR. Ya sé que muchos infieles nos echan en cara la crueldad e inhumanidad de este sacrificio; pero yo diría que es una gran demostración de mucha providencia la permisión que hubo en este sacrificio, y que quien cuida de nuestro linaje no haya estorbado aquella muerte. Porque si después de aquel voto y promesa hubiera prohibido el sacrificio, muchos después de Jepté, esperando que Dios no lo aceptaría, habrían hecho votos parecidos y andando poco a poco habrían caído en la muerte de los hijos, cuando ahora, permitiendo ejecutarle por obra, los prohibió a todos los venideros.

Y de que es esto verdad, una vez sacrificada la hijita de Jepté, para que quedase eterna memoria de esta desgracia y no se olvidase el daño, dióse entre los judíos ley, que las doncellas que vivían entonces, llorasen durante cuarenta días la muerte dada, para que, renovando con el llanto la memoria de la muerte, se hagan los venideros todos más prudentes, y aprendan aquéllos que no fue designio de Dios que se hiciera esto: porque no habría permitido que las jóvenes llorasen e hicieran llanto. Y que lo dicho no es una conjetura lo demostró el fin. Puesto que después de aquel sacrificio, nadie hizo a Dios tal voto; por esto no lo estorbó, mientras que lo que El había mandado a Abrahán. El mismo lo vedó, demostrando con ambas cosas que no son de su agrado semejantes sacrificios.

Pero el maligno demonio pretendía también ahora cometer una tragedia parecida y, por tanto, empujó a Jonatás a prevaricar. Porque si uno cualquiera de los soldados hubiera prevaricado, no le parecía grande mal; pero ahora el que es insaciable de humanos males y nunca está satisfecho de nuestras miserias, pensaba que nada grande hacía con intentar y tramar una muerte vulgar, sino estaba pensando que nada digno hacía si no manchaba la mano derecha del rey con la muerte del hijo. Mas ¿qué digo con la muerte del hijo?, pues ¿preparó aquel malvado el maquinar una muerte más execrable que ésta otra vez? Que si a sabiendas hubiera pecado, y hubiera sido muerto, esto no era más que muerte del hijo; pero ahora que faltó por ignorancia (que no oyó los juramentos) y después interfecto, hubiera causado a su padre un doblado dolor: porque tendría que inmolarse al hijo, y al hijo que no había pecado. Mas ya hemos de seguir la historia.



Pero después que comió *recobró el vigor de sus ojos*, dice. Y por esto se acusa la grande insensatez del rey, al declarar que los soldados casi todos no veían de hambre, y que los habían envuelto en obscuridad. Después, uno de los soldados que le hubo visto, dijo: *Tu padre ha obligado al pueblo con juramento, diciendo: Maldito sea el hombre que probare hoy bocado (Estaban ya todos desfallecidos). A lo que respondió Jonatás: Mi padre lo ha echado a perder todo con ese juramento (1 REG. 14,28-9).*

¿Qué quiere decir *disolvit*? Ha perdido, ha corrompido a todos. Así es que violado el juramento, todos callaban, y nadie se atrevía a declarar al reo. Y no pequeño crimen fue el que se cometió entonces; pues no sólo los perjurios, sino los que son conscientes y los que encubren, comunican en los crímenes.

4. Pero veamos lo restante. *Dijo después Saúl: Echémonos esta noche sobre los Filisteos, y acabemos con ellos antes que amanezca, sin dejar hombre con vida. Respondió el pueblo: Haz todo lo que bien te parezca. Mas el sacerdote dijo: Acerquémonos antes aquí a consultar a Dios (1 REG. 14,36).* Porque antiguamente era Dios el general de la guerra, y sin orden suya jamás se habrían atrevido a entrar en batalla, y la guerra se les convertía en materia de piedad. Y no eran vencidos por debilidad del cuerpo, sino por pecados, cuando eran vencidos; y no por la potencia y fortaleza, sino por la celeste benevolencia vencían, siempre que vencían; tanto la victoria como la derrota era para ellos un ejercicio y una instrucción de virtud, y ni para ellos solos, sino hasta para los que los combatían.

Porque una cosa les resultaba manifiesta, que no por la naturaleza de las armas, sino por la vida de los que guerrean y por los méritos se resolvía la guerra con los judíos. Sabiendo, pues, esto los Madianitas, y conociendo que aquella gente era inexpugnable, y que no podía ser expugnada ni con máquinas ni con armas, pero que sólo por el pecado era fácil de tomar, adornando a las doncellas hermosas y poniéndolas delante de los ejércitos en vanguardia, provocaban a los soldados a la lujuria, pretendiendo quitarles con la fornicación el auxilio de Dios, como, en efecto, sucedió. Porque después que cayeron en pecado, para todos quedaron expugnables: y a los que no pudieron coger ni armas, ni caballos, ni jinetes, ni soldados, ni tantas máquinas, a estos la condición natural del pecado entregoles atados a los enemigos: pues inútiles eran los escudos, las lanzas y las saetas; pero la hermosura del rostro y el ánimo lascivo derribó y venció a los antes denoda-

dos. Por lo cual alguien amonesta diciendo: *Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada y no mires estudiosamente una hermosura ajena* (ECCLO. 9,8). *Los labios de la ramera son como un panal que destila miel, y son más suaves que el aceite sus palabras. Pero sus dejos son amargos como ajeno, y penetrantes como espada de dos filos* (PROV. 5,3).

**COSTUMBRES MERETRICIAS.** Porque la meretriz no sabe amar, tan solamente tiende lazos; veneno tienen sus besos, un tósigo mortífero su boca. Pero si no aparece desde luego, por esto se la tiene que huir más, porque oculta el daño y tiene disimulada la muerte, y no permite que aparezca claro desde los comienzos. Así, pues, si alguno persigue el bienestar y una vida llena de alegría, huya de trato con mujeres que fornican, porque llenan los ánimos de los amantes con innumerables guerras y tumultos, moviéndoles luchas continuas y disputas de palabra y de obra; y lo mismo que los más encarnizados enemigos, lo mismo exactamente también éstas lo hacen y negocian todo para que ellos caigan en ignominia y en pobreza extrema. Y lo mismo que los cazadores ojean los animales silvestres, echándolos a las redes tendidas, para matarlos; lo mismo éstas, después que han extendido por todas partes las alas de la lascivia por los ojos, los trajes, las palabras, después envuelven a sus amantes, y los atan, y no los dejan retirarse hasta tanto que les hayan chupado la sangre, e insultándolos después, y burlándose de la estupidez de ellos, y haciendo ruidosa algazara y burla de ellos. Aunque no es digno de que nadie tenga misericordia de este tal, sino de que sea burlado, zaherido, ya que se presenta más estólido que una mujer y que una mujer prostituta. Por esto nos advierte otra vez aquel sabio diciendo: *Bebe el agua de tu aljibe, y de los manantiales de tu pozo; y en otro lugar: Sea ella tus delicias... y como gracioso cervatillo; sus cariños sean tu recreo en todo tiempo* (IB. 5,19)...; diciéndolo de la mujer que cohabita según ley matrimonial: ¿Por qué dejas a tu ayudadora, y corres a la que pone asechanzas? ¿Por qué tienes aversión a la compañera de la vida, y sigues a la que pervierte tu vida? Esta es miembro y cuerpo tuyo; la otra es una cortante espada. Así, pues, queridos, huid la fornicación, ya por los males presentes, ya por la pena futura.

Quizá parezca que nos hemos salido del asunto, pero esto no es salirse; pues no intentamos sólo el leerlos simplemente una historia, sino el corregir cualquier desorden que os inficione: por esto os hacemos frecuentes correcciones, desarrollando varios discursos para vos-

otros, porque es verosímil que en población tan grande haya varias enfermedades; y no nos hemos propuesto curar sólo una herida o llaga, sino muchas y varias; por eso debe también ser vario el medicamento de la doctrina. Pero volvamos al punto de que nos hemos apartado para decir estas cosas.

*Mas el sacerdote dijo: acerquémonos antes aquí a consultar a Dios. Y consultó Saúl al Señor diciendo: ¿Seguiré al alcance de los Filisteos? ¿Los entregará en las manos de Israel? Y no le dió el Señor respuesta en aquel día (1 REG. 14,36-37).*

Admira la benignidad y la mansedumbre del clementísimo Dios. No envió un rayo, ni tampoco sacudió con temblor la tierra, sino lo que los amigos hacen con los amigos, cuando han sido contumeliosos, esto es lo que hizo el Señor con su siervo: calló tan sólo, hablando por el silencio y demostrándole toda su indignación. Saúl conoció esto: *Por lo que dijo Saúl: Haced venir aquí todos los principales del pueblo, y averigüad y ved por culpa de quien sucede esto hoy. Vive el Señor, que es el Salvador de Israel, que si la causa de esto es mi hijo Jonatás, morirá sin remisión (1 REG. 14,38-39).*

¿Has visto cuánta temeridad? Habiendo visto violado el anterior juramento, ni así se enmienda, sino que de nuevo añade otros. Pero considera la malignidad del diablo. Pues porque conocía que muchas veces el joven sorprendido y llevado delante podía sólo con ser visto al instante mitigar al padre y dulcificar la ira del rey, se le adelantó a la sentencia por la obligación de los segundos nuevos juramentos, estrechándole con doble vínculo y no permitiéndole ser dueño de su sentencia, sino empujándole por todos lados a la inicua muerte aquella, y antes de haber descubierto al que había pecado, hizo el juicio, y desconociendo al reo, condenole con sentencia dada: y el padre quedó hecho verdugo del hijo, y dió sentencia de muerte antes del examen (o juicio). ¿Qué cosa más contra razón podría hacerse?

5. Así fue que al decir él esto, más temió el pueblo, y todos estaban poseídos de mucho temblor y temor, pero el diablo se alegraba, habiendo puesto en ansiedad a todos. *A lo cual ninguno del pueblo le contradijo. Y dijo a todo Israel: Separaos vosotros a un lado, y yo con mi hijo Jonatás estaremos en el otro (1B. 14,39-40).* Y lo que dice, así es: Nada más procuraréis, dice, que el entregaros a los enemigos, y el haceros esclavos en vez de hijos, instigando a Dios en contra de vosotros, al no entregar al reo. Advierte, empero, también otra contrariedad suscitada por el juramento. Porque no teniendo nada

para amenazar, si quería encontrar al reo, y no obligar con juramento a la pena, y así los más decididos animados entregarían más pronto al reo; él otra vez arrebatado de ira, de gran furor, y de la insensatez precedente hace nuevamente lo contrario de lo que quiere. ¿Qué necesidad hay de añadir más? Confío a la suerte el asunto, y por la suerte son examinados Saúl y Jonatás: *Dijo entonces Saúl: Echad suertes entre mí y Jonatás, mi hijo. Dijo, pues, Saúl a Jonatás: Declárame qué es lo que has hecho. Jonatás lo confesó todo diciendo: Gusté ansiosamente con la punta del bastón que traía en la mano un poquito de miel, y he aquí que voy a morir por eso. Aquí me tienes; yo moriré* (vv. 42-43). ¿A quién no hubieran doblegado, a quién no habrían movido a misericordia estas palabras?

Considera la horrorosa tormenta que pasó luego Saúl, cuando se le desgarraban las entrañas, y de ambos lados se presentaba un precipicio; pero con todo, ni así se enmendó, pues ¿qué dijo? *Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia; si tú, Jonatás, no mueres hoy sin remedio* (v. 44). Ahí está otra vez un tercer juramento, y no sencillamente tercero, sino además con gran premura de tiempo. Pues no dijo sólo: *Morirás*, sino *Hoy morirás*. Porque el diablo se aceleraba para llevarle y empujarle a esta muerte impía. Por lo cual, ni prometió esperar al día señalado para la sentencia, a fin de que por cualquier demora no haya arrepentimiento y corrección del mal.

Pero el pueblo dijo a Saúl: *¿Con qué ha de morir Jonatás, que acaba de salvar de un modo maravilloso a Israel! Ni hablarse debe de tal cosa. Vive el Señor que no ha de caer en tierra ni un sólo cabello de su cabeza; porque él ha obrado en este día con beneplácito y asistencia de Dios* (v. 45).

Ahí está el pueblo que juró el segundo, y juró lo contrario que el rey. Ahora, pues, recordad lo de la sogla estirada por los muchachos, y rota y que deja de espaldas a los que tiraban. Juró Saúl no una ni dos veces, sino muchas; lo contrario juró el pueblo, y ya se contendía. Del todo era necesario que un juramento se quebrantase.

MUCHOS DAÑOS DE LOS JURAMENTOS. Y no me digas lo sucedido, pero piensa en los muchos males que nacían, y en la tragedia y tiranía que el diablo preparaba por esto semejantes a los venideros por Absalón. Porque si el rey se hubiese empeñado en resistir y pasar a cumplir el juramento, todo el pueblo en masa hubiera resistido, y hubiera habido una tiranía cruelísima; y por otro lado, si el hijo, mirando por su vida, hubiera querido entregarse al ejército, al punto hubiera sido



parricida. Ya ves la tiranía, la muerte del hijo, el parricidio y la guerra civil, y la lucha, y las muertes, y la sangre, y cadáveres sin número, cometido todo por un juramento. Porque si hubiera sucedido hacerse la guerra, quizás habrían sido muertos Saúl y Jonatás, y muchos soldados hubieran sido cruelmente degollados: y así el juramento para ninguno hubiera resultado beneficioso. Ni pienses ahora en que no ha sucedido; pero piensa en que la natural condición del juramento llevaba a que fuese hecho: pero venció el pueblo.

Ahora contemos los perjurios cometidos. El primer juramento de Saúl fue violado por el hijo; luego el segundo y tercero de la muerte del hijo; y parece que el pueblo juró en verdad, pero si diligentemente se examina, también por otro lado todo el pueblo se hizo reo de los crímenes del perjurio, pues hicieron que jurase el padre de Jonatás, no entregando al padre el hijo. ¿Ves a cuántos hombres, ya queriéndolo, ya no queriéndolo, ha hecho reos de perjurio un solo juramento? ¿Cuántos males ha maquinado, cuántas muertes ha perpetrado?

6. Pero al comenzar el sermón prometí que demostraría que de los juramentos contrarios por necesidad nace el perjurio, mas por la historia recorrida he demostrado mucho más de lo que me propuse: la historia os ha exhibido no a uno, dos, o tres hombres, sino a todo un pueblo que violó no uno, dos y tres juramentos, sino muchos más. Y podíase referir otra historia, y de ella demostrar que un solo juramento produjo una calamidad más dura y mayor que ésta. Porque un solo juramento acarrió a todos los judíos incontables y muy graves males, la cautividad de las mujeres y de los niños, el incendio y devastación de las ciudades por los extranjeros, la profanación de los lugares y cosas santas. Mas veo que me he extendido demasiado, por lo cual suspendiendo aquí el referir esta historia, os exhorto a que con la cabeza de Juan (Bautista) recordéis la muerte de Jonatás y el daño general de todo el pueblo, aunque no sucedieron, pero que provenían de la obligación de los juramentos, y entre vosotros habléis en casa, y en la plaza, con las mujeres, con los amigos, con los vecinos, y en general con todos, tened cuenta de esto: y no penséis que nos servirá de buena defensa lo que no sea cambiar la costumbre. Y que no es sino excusa y pretexto y culpa, no de la costumbre, sino de la desidia, por los casos sucedidos voy a persuadíroslo.

EL EMPERADOR HABÍA PROHIBIDO A LOS ANTIOQUEÑOS, EN CASTIGO, LOS BAÑOS. Cerró el Emperador los baños de la ciudad, y mandó que nadie se bañase; y nadie se ha atrevido a traspasar la ley, o a criticar el

hecho, o a alegarle costumbre; sino que los hombres enfermos crónicos, las mujeres, los niños, los ancianos y las mujeres que recientemente han librado, y todos cuantos por necesidad reclamaban este remedio, quieran o no quieran llevan este mandato, y ni la enfermedad del cuerpo, ni la tiranía de la costumbre, ni el estar castigados por otros que pecan, ni nada parecido alegan, sino que reciben buenamente este castigo, porque estaban aguardando males mayores, y piden cada día que el furor regio pare sin ir adelante. ¿Adviertes cómo cuando hay miedo, fácilmente se quebranta la costumbre, por más que sea antigua y necesaria?

Ahora bien: no bañarse es molesto, grave; pues aunque le demos cien razones, la condición del cuerpo es tal, que con solos raciocinios no se ve ayudado para la propia salud; pero no jurar es muy fácil, no causa perjuicio ninguno, ni en los cuerpos, ni en las almas; antes bien, grandes ventajas, grande utilidad, mucha opulencia. Pues, ¿cómo no será absurdo que, mandando el Emperador, se sufran las cosas más difíciles y que imponiendo Dios lo que ni es gravoso, ni difícil, sino facilísimo y cómodo, despreciarlo, burlarse de ello y alegar costumbre?

No, no, os lo ruego, no descuidemos tanto nuestra salvación, sino temamos a Dios, como tememos a un hombre. Conozco que os habéis horrorizado con lo oído; pero es para horrorizarse el que no tribute-mos a Dios ni tanto honor como a los hombres tributamos, sino que, observando los decretos imperiales con cuidado, son a su vez conculcados los del cielo bajados de Dios, y que es superfluo pensar en cuidado de esto. ¿Qué excusa nos quedará? ¿ni qué perdón, después que tantas veces amonestados permanecemos en lo mismo? Porque al aparecer esta calamidad que envuelve la ciudad, comencé esta amonestación; y ya es hora de que se acabe; pero nosotros aun no hemos cumplido el único mandamiento. Pues ¿cómo pediremos solución de los males que nos detienen, cuando no hemos sabido cumplir ni un solo mandamiento? ¿Y cómo esperaremos una mudanza para bien, y cómo rogaremos? ¿Con qué lengua invocaremos a Dios? Pues si cumplimos la ley, tendremos gran placer, habiéndose reconciliado el Emperador con la ciudad; mas si perseveráremos en el pecado, por todas partes tendremos vergüenza y oprobio, puesto que habiendo Dios quitado el peligro, nosotros nos estamos de asiento en la misma negligencia. ¡Oh, si me fuera dado con frecuencia descubrir las almas de los que juran, y ponerles a la vista las heridas y cicatrices que reciben

cada día por los juramentos!... No necesitaríamos ni de amonestaciones, ni de consejo; porque la vista de las heridas, con más eficacia que cualquier sermón, podría alejar de esta ímproba costumbre hasta a los muy apegados a ella. Pero ya que no a los ojos, ciertamente que podemos mostrar a la consideración de los mismos la deshonra de su alma y cómo está deshecha y corrompida. *Pues así como un esclavo puesto a todas horas a cuestión de tormento, nunca estará sin cardenales: así todo el que jura y repite aquel Nombre, jamás estará enteramente limpio de culpas* (ECCLO. 23,11). Porque es imposible, es imposible que la boca acostumbrada a jurar, no perjure frecuentemente.

Por esto, a todos suplico que, dejando de verdad esta perniciosa e ímproba costumbre, consigáis otra corona. Y así como en todas partes se proclama de nuestra ciudad haber sido la primera de todo el orbe que se adornó con el nombre de Cristianos; haced también que todos digan que sola la ciudad de Antioquía de todas las del mundo ha desterrado de sus términos los juramentos. Aun más, como esto se haga, no tan sólo será coronada, sino que con su celo arrastrará a las otras para lo mismo. Y así como el nombre de Cristianos, que brota de aquí como de una fuente, inundó todo el mundo, así, en efecto, también este mérito, tomando de aquí raíz y ocasión, hará discípulos vuestros a todos los que habitan la tierra, a fin de que tengáis triple recompensa, ya de vuestros merecimientos, ya de la enseñanza de los otros. Esto será para vosotros más espléndido que cualquier diadema; esto os hará la ciudad metrópoli no sólo en la tierra, sino también en los cielos; esto nos protegerá también en aquel día, y nos traerá la corona de justicia, la cual todos consigamos se otorgue por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con quien sea la gloria al Padre y simultáneamente al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA XV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XV.

1. Motivos de tratar de la templanza.—La tribulación maestra de la virtud.—Eficacia del temor.—El temor del infierno ofrece la corona de un reino.—Grandes frutos del temor.

2. Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín.—Daños de los festines.—Provechos de los lutos.—El temor del infierno es bueno.—Caminamos en medio de enemigos resentidos, pero el temor es de gran defensa.—Conócelo.

3. Estemos advertidos.—¿Por qué tantos lazos?—La experiencia, maestra de la cautela.—El lazo más grande, ¿Es la mujer hermosa?; no, sino la mirada lasciva.—De la pobreza.—De las riquezas.—Job: rico y pobre, siempre virtuoso.

4. Deben evitarse las ocasiones;—muchas cosas en sí indiferentes son ocasión de pecados.—Huyendo de los placeres se arrancan de raíz las concupiscencias y vicios.—La petulancia de la lengua.

5. Los juramentos.—Por qué vuelve sobre lo mismo.—La hoz volante.—No conjuremos a los hermanos.—Malicia del juramento en la iglesia,—con la mano en los Evangelios.—Jesucristo manda que de ningún modo se debe jurar.—En todos los negocios miremos al juicio de Dios y no tan sólo a los provechos o inconvenientes actuales.

\* \* \*

### ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> Fue el sábado de la semana IV de Cuaresma cuando se pronunció esta homilía.

2.<sup>a</sup> Con ocasión del miedo de que estaban agitados los Antioquenos, habla muchas cosas del bien que causa.

3.<sup>a</sup> Habla no sólo contra los que juran, sino contra los que exigen de otros el juramento.

4.<sup>a</sup> Dice en el n.º 5: “Ayer convine con vuestra indulgencia que yo no hablaría más de este precepto.:—Ciertamente que el *ayer* no se puede referir a las homilías inmediatas, XIV, XIII, XII, XI, X, IX, en las cuales no se halla el pacto de referencia. Mas en la homilía VIII, pronunciada en el sábado, día 13 de marzo, dicese: “en adelante quiero pactar con vosotros, como quien desiste, para que temáis”. Debe por tanto de referirse el *ayer* de esta XV homilía, dicha en sábado, al sábado en que se dijo la VIII.

5.<sup>a</sup> En ella se adoctrina de muchas virtudes y se descubren muchos vicios, peligros y ocasiones.

\* \* \*



1. Tanto en este sábado como en el anterior debía tenerse sermón sobre el ayuno. Nadie tenga esto por intempestivo. Porque si ciertamente en los días de ayuno ninguna necesidad hay de aconsejar ni amonestar, siendo la misma presencia de los días la que despierta aún a los más negligentes para la práctica del ayuno; pero porque muchos hombres, que guardarán (o acometerán) el ayuno, lo mismo que si el (estómago) vientre se hubiera de entregar a un prolongado asedio, se adelantan y se dan a la crápula y embriaguez; y luego salidos como de una larga hambre y sueltos de la penosa cárcel del ayuno, corren a comer con grande desdoro, como tratando de perder las utilidades conseguidas por el ayuno con los nuevos excesos de la gula; por esto fue necesario entonces y ahora tratar de la templanza.

LA TRIBULACIÓN MAESTRA DE LA VIRTUD. Con todo, ni antes dijimos algo de esto ni diremos ahora: porque el temor de la calamidad que tenemos encima vale para moderar los ánimos de todos más que cualquier consejo y advertencia. ¿Quién será tan miserable y desgraciado que se embriague en tanta tempestad? ¿Quién tan insensato que, estando la ciudad así fluctuante y amenazando tal naufragio, no sea sobrio y vigile, y con esa ansiedad no se corrija con diligencia mayor que con todo consejo y amonestación? Porque la palabra no será tan eficaz como lo es el temor, cosas que es fácil de probar por los sucesos actuales. ¿Pues cuántos sermones hemos empleado para avisar a muchos tibios y aconsejarles que dejasen los espectáculos teatrales y las lascivias de allí provenientes? Pero no se abstenían, sino que continuamente hasta hoy concurrían a los ilícitos espectáculos de los que bailan, formaban concurso diabólico en contra de la plenitud de la iglesia de Dios, y las salmodias de este lugar interrumpían con gritos dados con toda vehemencia. Pero he aquí que ahora, callando nosotros, y sin decir nada de esto, espontáneamente han obstruido la orquesta y el circo está hecho inaccesible. Antes, muchos de los nuestros concurrían con ellos; mas ahora de allí todos se han refugiado en la iglesia, y todos alaban a nuestro Dios.

EL TEMOR DEL INFIERNO OFRECE LA CORONA DE UN REINO. ¿Te das cuenta de cuánta ganancia se ha tenido del temor? Si el temor no fuera bueno, los padres no presentarían a los pedagogos los hijos, ni los legisladores a las ciudades magistrados algunos.

¿Qué hay más penoso que el infierno? Pero nada hay más útil que el temor de él: porque el temor del infierno nos ofrece la corona de un reino. Donde hay temor, no hay envidia, odio; donde hay temor, no

atormenta la codicia del dinero; donde hay temor, se apagó el furor, se remedió la desordenada codicia, se exterminó toda irracional pasión. Y así como en la casa donde hay siempre un soldado armado, ni ladrón, saqueador, ni nadie de semejante ralea de malhechores se atreverá a aproximarse, así también al ocupar el miedo nuestras almas, difícilmente nos asaltará alguna perturbación indigna de hombres libres, sino todas huyen, van empujadas y por el imperio del temor por doquiera ojeadas. Y no es esto sólo lo que ganamos con el temor, sino otra cosa aún mucho mayor. Porque no tan sólo arroja fuera nuestras malas pasiones, sino que a la vez con suma facilidad induce toda virtud. Donde hay temor, allí hay deseo de limosna, e intención de orar, y lágrimas fervorosas y continuas, y gemidos que tienen mucha compunción. Porque no hay nada que tanto consuma los pecados y haga germinar y crecer la virtud, cuanto la naturaleza del temor asiduo. Por lo cual quien no vive en temor, no es posible que obre rectamente; y al contrario, es imposible que peque quien vive con temor.

Por tanto, queridos, no nos dolamos, ni desesperemos en nuestro ánimo por causa de la presente tribulación, sino admiremos la solícita sabiduría de Dios. Pues de donde el diablo esperó que trastornaría la ciudad, Dios de lo mismo ha restituido y corregido a la misma. A saber: el diablo inspiró a ciertos hombres impíos que deshonrasen las estatuas de los Emperadores, con lo cual el solar mismo de la ciudad fuese destruido; pero Dios ha empleado este mismo hecho para mayor corrección nuestra, lanzando toda pereza con el temor de la amenaza prevista; y sucedido ha en contra de lo que el demonio quería por las mismas cosas que había él preparado. Porque diariamente se nos espurga la ciudad, y las callejuelas, los cruces de caminos, las plazas se ven libres de juegos y cantares lúbricos, y adonde quiera vuelva uno los ojos verá súplicas y bendiciones y lágrimas en lugar de risotadas, y las palabras de grande filosofía en vez de las palabras torpes; y toda la ciudad tenemos hecha iglesia, cerradas las oficinas, gastando completo el día todos en estas súplicas en común, e invocando a Dios a la vez y en común con mucha viveza. ¿Qué sermón hubiera podido obtener esto? ¿Cuál consejo? ¿En cuánto espacio y tiempo?

2. Por lo cual demos gracias a Dios, no lo llevemos a mal y no nos indignemos. Pues que sea bueno el temor, hasta lo recordado lo demostró; pero oye a Salomón también que discurre así de esto, a Salomón, digo, criado en toda suerte de comodidades, y que disfrutó de

toda libertad. Y ¿Qué dice él? ... *Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín* (ECL. 7,3). —Pregunto: ¿Qué es lo que dices? ¿En donde hay llanto, y lágrimas, y gemidos, y dolor, y tanta tristeza es mejor estar que allí en donde hay bailes, y danzas, y címbalos, y risas, y delicias, y crápulas, y embriaguez? —Sí; responde. —Pero insisto: ¿Por qué razón, por que causa? —Porque allí (en el festín) de seguro hay petulancia, mientras que de aquí brota la modestia, y si alguien acude al convite de uno más opulento, no volverá a la casa con la misma alegría, sino que de cierto triste volverá a su mujer, y triste participará de su mesa también, y será molesto a los siervos, a los hijos, y a todos los domésticos, cuando compare más diligente su pobreza con la ajena abundancia. Y no sólo esto es grave, sino que no pocas veces envidia al que le convida al banquete, y no tomando apenas nada de lo bueno y agradable, se vuelve a casa.

Mas nada parecido puede decirse acerca de los que lloran, sino que en ello hay mucha filosofía, mucha modestia. Desde el momento en que uno ha entrado en el vestíbulo de la casa que tiene un muerto, y visto al muerto, mudo, yacente, y a la mujer que se arranca los cabellos, que se hiere las mejillas, y se saja los brazos, está corregido, se entristece, y cada uno de los asistentes no habla a su vecino, sino que somos nada y de que es indecible nuestra malicia. ¿Qué puede haber más sabio que estas palabras, en que reconocemos la vileza de la naturaleza, y acusamos nuestra maldad, y pensamos que todo lo presente es nada; diciendo sí con otras palabras, pero con la sentencia de Salomón aquello tan admirable y lleno de mucha filosofía: *Vanidad de vanidades y todo vanidad?* (ECL. 1,2). Quien entró en la casa de los que lloran, al punto llora al difunto, aunque sea enemigo. ¿Has visto cuánto mejor es esta casa que la otra? Aquél, aun siendo amigo, envidia; y éste, aunque sea enemigo, llora; y esto es lo que Dios busca sobre todo, que no insultemos a los que nos han contristado.

Y de aquí pueden ser recogidos no estos bienes tan sólo, sino también otros no menores que éstos. Pues cada cual se acuerda de sus pecados, del tremendo tribunal, y de las penas aquellas, y del juicio, y aunque haya padecido de otros infinitos males, y en casa tenga tristezas, con medicina para todos recogida, así se vuelve. Pues pensando que él y todos los que están hinchados de soberbia han de padecer lo mismo dentro de poco, y que son transitorias todas las cosas presentes, tanto las placenteras como las ingratas; deponiendo toda tristeza y envidia, y aliviando el alma, se volverá a casa; y después con todos

será más afable, más humano, más benigno y más sabio, habiendo el temor de lo futuro entrado en su alma y embotando todas las espinas. Y conociendo todas estas cosas decía aquél: “Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín. De aquí nacen el tedio y la ansiedad; de allí el desprecio y el temor que nos guía de la mano a toda virtud:

Si el temor no fuera bueno, no habría Cristo gastado muchos y largos sermones hablando de la pena y suplicio que allí habrá. El temor no es otra cosa que un muro, una fortaleza, una torre inexpugnable: pues que necesitamos de mucha defensa, porque tenemos por todas partes armadas muchas asechanzas, como el mismo Salomón para advertirnos decía: *Sábetelo... que tú caminas en medio de lazos, y andas entre las armas de gente resentida* (ECL. 9,20). ¡Oh cuántos bienes encierra esta sentencia, y no menos que la susodicha!

EN EL MUNDO TODO ESTÁ LLENO DE LAZOS. Por lo mismo, cada uno escribámosla en nuestra mente, y llevémosla siempre en la memoria, y no pecaremos fácilmente. Escribamos aprendiéndola antes con toda diligencia. Porque no dijo: mira que pasas en medio de lazos, sino: *Conoce*. Y ¿Por qué dijo *Conoce*? –El lazo está tapado, dice: pues es propio del lazo, el que no aparezca manifiesta ni la muerte ni el peligro, sino que están tapadas por doquiera: por esto dijo *conoce*. Necesitas considerar y escudriñar con mucha diligencia, pues como los muchachos tapan con tierra la trampa o cepo, así el demonio tapó los pecados con los placeres de la vida.

Mas *conoce* escudriñando con diligencia, y si te sale al paso una ganancia de lucro, no mires solamente al lucro, mas escudriña diligentemente, no sea que la muerte y el pecado estén escondidos en el lucro: y si lo vieres, huye. En otra ocasión, cuando el deleite y el placer te asalte, no mires sólo al placer, no sea que en lo oculto del placer haya escondida alguna iniquidad, sino considéralo como diligencia, y si la encuentras, retírate. Sea que alguien te aconseje, te adule, te obsequie y te secunde, te prometa honores, o cualquier otra cosa; examinémoslo todo con diligencia, y consideremos por todos lados, no sea que nos sobrevenga algún daño, o algún peligro ora del consejo, ora del honor, ora del obsequio, y no vayamos precipitada e inconsideradamente. Porque si los lazos fueran sólo uno o dos, fácil sería guardarse; pero ahora, queriendo Salomón enseñar la multitud de los mismos, escucha cómo lo dice: *Sábetelo... que caminas en medio de lazos* (IB.).

No dijo: pasas cerca de los lazos, sino *en medio de los lazos*. Abismos tenemos por ambos lados, por ambos lados engaños. Fue



uno a la plaza, vio a un enemigo, se encendió con sólo verlo; vio a un amigo que era alabado, y envidió; vio a un pobre, lo menosprecio, le despreció; a un rico, y envidió; vio que alguien era injuriado, y lo llevó a mal; vio a una mujer bella, y quedó preso. ¿No ves cuántos lazos? Por esto dice: conoce, *sabe que caminas en medio de lazos*. Lazos en casa, lazos en la mesa, lazos en las juntas populares. Las más veces confiando, sin pensarlo, entre amigos dijo una palabras que no deben decirse, y acarreo tal peligro que alborotó toda la casa.

3. Escudriñemos, pues, diligentemente las cosas, por todos lados, y la mujer muchas veces se convirtió en lazos sin que lo advirtamos, muchas otras los hijos, los vecinos muchas otras. Y ¿por qué razón tantos lazos? —Para que no volemos hacia abajo, sino que nos remontemos a las alturas. Porque las aves, en tanto que cortan por alto los aires, no son fácilmente cazadas; así tú, mientras a lo alto miras, ni con lazo ni con algunas trampas serás fácilmente cogida. El cazador es el diablo: por lo mismo sube más alto que sus varetas y saetas. Quien a lo alto se remonta, ya no admira cosa alguna de los hombres, sino que, a semejanza de cuando hemos subido a la cima de los montes, parecennos pequeñas la ciudad y las murallas, y los hombres nos parecen como hormigas que andan sobre la tierra; de igual manera, después que hayas ascendido a la excelsa razón filosófica, de lo terreno nada te podrá vencer, antes bien todo parecerá pequeño, sean riquezas, sea gloria, sea poder, sea honor, y cualquier cosa parecida, mirando a las cosas del cielo: como es de ver en Pablo, a quien todo parecía pequeño, y más inútiles que a los muertos las cosas espléndidas de esta vida. Así es como exclamaba: *El mundo está crucificado para mí* (GÁL. 6,14). Y así nos amonestaba con estas palabras: *Buscad las cosas que son de arriba* (COL. 3,1).

¿Que están arriba? ¿A qué te refieres?, dime, ¿Adónde el sol, adónde la luna? —No, dice. —¿Pues adónde? ¿Adónde los Angeles, los Arcángeles, los Querubines, los Serafinos? —No, dice. —¿Pues adónde? *Donde Cristo está sentado a la diestra de Dios* (IB.).

Obedezcamos, pues, y asiduamente razonemos esto, que lo mismo que al pajarillo, cogido en el lazo, nada le aprovechan las alas, y en vano e inútilmente las agita; así para ti es inútil todo discurso, si estás cazado por alguna mala concupiscencia, pues estás cazado, por más que te revuelvas. A las avecillas diéronse alas para que huyan de los lazos; a los hombres se han dado las razones para que eviten los pecados. Por tanto, ¿Qué perdón, qué defensa tendremos, siendo menos sensatos que los brutos?

LA EXPERIENCIA MAESTRA DE LA CAUTELA. Porque el pajarillo, una vez cogido en el lazo, como luego haya escapado, y el ciervo que cae en la red y se escapa, difícilmente son cazados en los mismos lazos: la experiencia es para cada uno maestra de cautela. Nosotros, empero, cogidos muchas veces en lo mismo, volvemos a caer en ello, y ni la prudencia y cuidado de los brutos imitamos nosotros, adornados como estamos de la razón. Porque ¿cuántas veces, habiendo mirado a una mujer, hemos estado muy atormentados, hemos vuelto a casa habiendo concebido una pasión, y hemos estado atormentados de dolor, consumidos, durante muchos días? No obstante, no nos enmendamos, sino que apenas curada la anterior herida, otra vez caemos en lo mismo, y somos combatidos por lo mismo, y por un momentáneo placer de la vista, sufrimos un largo y continuo dolor. Mas si nos enseñamos a repetirnos con frecuencia este dicho, nos abstendremos de todos los males. El lazo más grande, la hermosura de la mujer: pero no, no es la hermosura de la mujer, sino la mirada lasciva. No calumniemos las cosas, sino reprendámonos a nosotros y nuestra pereza; ni digamos: No haya mujeres, sino: No haya adulterios; no digamos: No haya belleza, sino: No haya fornicación; y no digamos: No haya estómago, sino: No haya crápula, que no es el estómago quien hace la crápula, sino la desidia nuestra. No digamos: porque se come y se bebe, por esto todos los males, que no es por esto, sino por nuestra desidia y glotonería. En verdad que ni comió ni bebió el diablo, y cayó: comió y bebió Pablo, y subió al cielo.

¡A cuántos oigo que dicen!: ¡que no haya pobreza! —Pues hagámosles enmudecer a los que mal la soportan: porque es blasfemia decir tal cosa. Mas nosotros digámosles: ¡que no haya pusilánimes!: porque la pobreza atrajo innumerables bienes a nuestra vida, y sin la pobreza inútiles son las riquezas. Así pues, ni a éstas ni a aquélla calumniemos; tanto la pobreza, como las riquezas, son armas, que nos conducen a la virtud, si nosotros queremos. Lo mismo que el soldado valiente, con cualquier espada que coja, manifiesta su valor; así al cobarde y flojo todo lo estorba.

Y para que veas cómo es verdad esto, acuérdate de aquel Job, que sucesivamente fue rico y pobre, y manejó ambas armas, y con las dos venció. Y decía siendo rico: *Siempre estuvo mi puerta abierta al pasajero* (JOB. 31,32); y siendo pobre decía: *El Señor me lo dio; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado* (JOB. 1,21). Mientras fue rico manifestó mucha hospitalidad, mientras fue

pobre mucha paciencia. Así pues, tú, si eres rico, da mucha limosna; si has quedado hecho pobre, ten mucha paciencia y tolerancia. Pues no es un mal esencial ni las riquezas, ni la pobreza, sino que se hacen buenas o malas ambas cosas según sea el ánimo de quienes las usan.

4. Por tanto, enseñémonos nosotros mismos a formar de las cosas conceptos tales, que no acusemos las obras de Dios, sino la improba voluntad de los hombres. Ni al pusilánime pueden ayudar las riquezas, ni al magnánimo daña jamás la pobreza.

DEBEN EVITARSE LAS OCASIONES. Conozcamos, pues, los lazos, y vayamos lejos de ellos; conozcamos los precipicios, y no nos acerquemos. Esto nos servirá de seguridad máxima, no sólo el huir de los pecados, sino también de las cosas que parecen diferentes en verdad, pero que nos hacen caer en pecados. Por ejemplo: reír, y decir palabras jocosas, no parecen ciertamente ser pecado manifiesto, pero llevan a un manifiesto crimen; las más veces de la risa brotan las palabras torpes, y de las palabras torpes nacen más torpes acciones. Muchas veces de las bromas y risas de burla síguense improprios y contumelias; de la afrenta y contumelia, los golpes y heridas; de los golpes y heridas, las muertes y homicidios.

Por tanto, si has de mirar por tu bien, no sólo de las palabras torpes, ni sólo de las acciones torpes, ni de los golpes, heridas, muertes y homicidios has de huir, sino hasta de las mismas intempestivas risas y de las palabras chocarreras, puesto que suelen ser la raíz de los males que siguen. Por esto Pablo dijo: *Ni palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas...* (EPH. 5,3). Porque si bien ello en sí parece poca cosa, se convierte en causa ocasional de grandes males para nosotros. Lo mismo que en sí no parece malo claramente el tener tiempo libre para disfrutar, ni que sea manifiesto delito; sin embargo, nos engendra muchos males, embriaguez, furor, avaricia, rapiñas. Porque el suntuoso y glotón, y el que sirve al vientre intolerables servicios, muchas veces se ve precisado a robar, a arrebatar lo ajeno, a oprimir, a violar. Por tanto, si huyes de los placeres, has quitado el cebo de la avaricia, de la rapiña, de la embriaguez, y de innumerables males, cortando la raíz de la iniquidad desde el principio.

Por esto también decía Pablo: *La que vive en deleite [la viuda], viviendo está muerta* (1 TIM. 5,6). El acudir otra vez a los teatros, y a las carreras de caballos, y jugar a las cartas y dados no lo tienen muchos por pecado manifiesto, pero suele llevar consigo males sin cuento. Puesto que la insistencia en los teatros engendró fornicación,



petulancia y toda suerte de incontinencia; y la asistencia a espectáculos de circo, peleas, insultos, heridas y otros infinitos males más graves que éstos ha producido. Por lo tanto, no huyamos sólo de los pecados, sino hasta de las cosas que parecen indiferentes, pero que paulatinamente nos arrastrarán a los pecados. Pues quien marcha al borde de un precipicio, aunque no caiga, tiembla, y las más de las veces perturbado del miedo, cae; así también el que no huye lejos de los pecados, antes camina cerca de ellos, vivirá con temor, y las más veces caerá en ellos. Pues quien con curiosidad mira las hermosuras ajenas, aunque no fornicque, puede que haya deseado, y según la sentencia de Cristo, ya se ha hecho adúltero (Mt. 5,28); y muchas veces de la misma concupiscencia es arrastrado a realizarlo. Así pues, nosotros coloquémonos a distancia de los pecados.

—¿Quieres ser continente? —Pues no huyas sólo del adulterio, sino también de las miradas petulantes. —¿Quieres estar lejos de palabras torpes? —No huyas tan sólo de palabras torpes, sino hasta de la risa disoluta y de toda concupiscencia. —¿Quieres verte lejos de matar? —Huye de los insultos también. —¿Quieres estar alejado de la embriaguez. —Huye de los placeres y de los banquetes, y desarraiga del todo el vicio.

La petulancia de la lengua es un grande lazo, que está muy necesitado de freno. De ahí que dijo uno: *Tú te has enlazado mediante las palabras de tu boca, y ellas han sido el lazo en que has quedado preso* (PROV. 6,2).

5. OTRA VEZ EN CONTRA DE LOS JURAMENTOS. Moderemos, pues, más que todos los restantes miembros, la lengua, refrenémosla, arrojemus lejos de nuestra boca los insultos, y las contumelias, y las conversaciones torpes, y las maldiciones, y la perversa costumbre de los juramentos; que de nuevo el discurso nos ha llevado a la misma amonestación. En verdad que ayer convine con vuestra indulgente caridad que yo no hablaría más de este precepto, puesto que durante todos los anteriores días suficientemente se ha hablado de él; pero ¿qué voy a hacer? Hasta que os vea corregidos, no puedo abstenerme de daros consejo: porque también Pablo, que dice a los de Galacia: “En adelante que nadie me dé trabajos”, otra vez volvió y habló. Así son las entrañas paternales, que por más que digan los padres que se han de marchar, no se ausentan hasta que ven a sus hijos corregidos.

¿Habéis oído hoy al profeta que nos habla del juramento? —*Y volvíme, y levanté los ojos, y vi [UNA HOZ (Los Setenta) que volaba]*



*un volumen, que volaba. Y díjome el ángel: ¿Qué es lo que ves? Yo veo, respondí, un volumen [UNA HOZ] que vuela y es de veinte codos de largo y diez de ancho. A lo que repuso él: Esta es la maldición que se derrama por toda la superficie de la tierra; ...y condenados serán igualmente todos los perjueros... y caerá encima de la casa..., y del que jura falsamente en mi Nombre, y se pondrá en medio de sus casas, y las consumirá juntamente con sus maderas y piedras (ZAC. 5,1.2.3.4).*

Al fin, ¿qué se ha dicho? y ¿por qué motivo bajo el símbolo de UNA HOZ, y de UNA HOZ QUE VUELA aparece el castigo que sigue a los perjueros? –Para que veas que el castigo vengador es inevitable y que el suplicio no se puede ladear. Quizá alguno podrá evitar el golpe de una espada volandera, pero la hoz aplicada al cuello y puesta por dogal nadie puede huirla; y cuando tiene alas, ¿qué esperanza de salvación habrá después?

Y ¿por qué motivo consume los maderos y piedras del que jura? –Para que la ruina sirva de corrección a otros. Porque ya que es necesario tapar con tierra al muerto perjuero, la casa caída y convertida en ruinas a todos los que pasan y la miran es una advertencia, para que no se atrevan a lo mismo, a fin de no padecer otro tanto, y aquello siempre arguye el crimen del que jura. No, no punza tanto una espada, como la naturaleza de un juramento; no mata la espada tanto como la herida del juramento. El que jura, aunque al parecer vive, ya murió y recibió la herida, y así como el que forma en la cuerda, antes que salga de la ciudad y llegue al precipicio, y vea al verdugo que amenaza, murió tan pronto como traspasó el umbral del pretorio; lo mismo el que ha jurado. Reflexionemos esto y no conjuremos a los hermanos.

¿Qué haces tú, oh hombre? ¿Juras sobre la sagrada mesa, allí donde Cristo está puesto inmolado, y allí inmolas a tu hermano? En verdad los ladrones matan en los caminos; mas tú inmolas al hijo en presencia de la madre con mayor crueldad que Caín, cometiendo el homicidio. Porque él mató a su hermano en descampado y con muerte actual, mientras que tú inmolas a tu hermano en medio de la asamblea de los fieles, y esto con muerte futura inmortal. ¿Acaso la iglesia, la reunión, se hizo para que juremos? No; que se hizo para que oremos. ¿Acaso se puso la mesa para que juremos? No; que se puso para que paguemos por los pecados, no para que los hacinemos.

JURAMENTOS PONIENDO LA MANO SOBRE LOS EVANGELIOS. Pero tú, cuando no otra cosa, respeta al menos el mismo libro, que alargas

para el juramento, y el Evangelio, que teniéndolo entre manos mandas jurar, ábrelo, y al oír qué dice en él de los juramentos Cristo, horrorízate y desiste.

—Y ¿qué es lo que allí dice de los juramentos? —*Yo os mando más, que de ningún modo juréis* (Mt. 5,34). ¿Y tú para jurar presentas la ley que prohíbe jurar? ¡Oh contumelia, oh insania! Haces lo mismo que el que obliga a ser compañero de un crimen de muerte al legislador que prohíbe matar. Pues yo, tanto como lamento y deploro oyendo que algunos han sido muertos en los caminos, lamento y lloro, y me horrorizo cuando veo que alguno se aproxima a esta mesa, e impone las manos, y jura tocando los Evangelios. Pregunto yo, ¿no te fías de las riquezas, y matas el alma? ¿Pues qué tanto ganas en comparación del daño que causas a tu alma y al prójimo? Porque si crees que es hombre veraz, no añadas la obligación del juramento; pero si sabes que miente, no le obligues a perjurar.

—Pero es que para hacer plena fe había que insistir, dice. —Pues con mayor razón, entonces la confianza te sería ratificada, cuando no le hubieras obligado a jurar. Ahora, empero, vuelto a casa, está la conciencia remordiéndote de continuo, pensando esto: ¿Acaso no he jurado en vano? ¿El no perjuró acaso? ¿No he sido yo la causa del pecado? —Pero si no hubieres jurado, vuelto a casa, recibirás gran consuelo, dando gracias a Dios, y diciendo: Bendito sea Dios, porque me he contenido, y no he jurado en vano ni temerariamente. Deplorado sea el oro, perezcan las riquezas, con tal que esto nos haga fe del todo plena de no haber quebrantado la ley, y no haber obligado al otro a que lo hiciera.

Reflexiona por qué cosas no juraste, y séate suficiente refrigerio y consolación. Porque muchas veces, cuando la lucha está entablada, los que sufrimos la injuria la sobrellevamos generosamente y decimos al que nos ultraja: ¿Qué te haré? Aquel tu patrón me detiene y ata mis manos. Y esto nos basta para nuestro consuelo. Así también tú, cuando hayas conjurado a alguno, contente, prohíbete, y di al que ha de jurar: ¿Qué te haré? Dios ha mandado no jurar, El me contiene ahora. Y esto es bastante para honrar al legislador, y para seguridad tuya, y para temor del que ha de jurar. Pues al ver que así tenemos vergüenza de que otros juren, mucho más fácilmente tendrá temor de jurar él mismo. Si dijeres esta palabra, te volverás a casa con una grandísima seguridad. Escucha, pues, a Dios en sus mandamientos, para que El te escuche en las oraciones. Esta palabra escríbese en el cielo, y se te presentará en el día del juicio y soltará muchos pecados.

Y esto no solamente en el juramento, sino también en todos los negocios pensemos; y cuando debemos hacer algo bueno por Dios, lo cual luego cause algún daño, no miremos sólo el daño del negocio, sino al lucro que recogeremos haciéndolo por Dios. Por ejemplo: ¿Alguien te contumelia? Soporta generosamente, y soportarás generosamente, si no piensas en la contumelia tan sólo, sino en la dignidad de quien manda soportarlo; y lo sufrirás con mansedumbre. —¿Diste una limosna? —No pienses sólo en lo gastado, sino también en el provecho del gasto. —¿Has sido multado en dinero? —Da gracias, y no mires tan sólo la pérdida dolorosa, sino el lucro de la acción de gracias. —Si de esta manera nos comportamos, ninguno de los graves accidentes nos contristarán, sino que en las cosas que parecen tristes, ganaremos; y el daño nos resultará más grato y deseable que las riquezas, la tristeza que el placer y deleite, la contumelia que el honor, y todas las cosas contrarias se nos convertirán en ventaja, gozaremos aquí de mucha tranquilidad, y allí conseguiremos el reino de los cielos, el cual seamos todos merecedores de conseguir debido a la gracia y clemencia de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre en unidad con el Espíritu Santo sea la gloria, el imperio y el honor, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA XVI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVI.

1. Providencia del Prefecto de Antioquía.—Sentimientos del Santo.—Porque somos hombres hemos de tener serenidad en los peligros.—Ejemplos de serenidad: Job, el Capitán de navío.—Profunda tristeza y vergüenza, originadas de la cobardía de los fieles, que no deja hablar al Santo.

2. Recapitulación.—Ley de Dios es y no de hombres: No jurarás.—Guardémosla por lo menos como guardamos las leyes humanas.

3. Pablo, preso por Jesucristo.—La paciencia en los sufrimientos es más gloriosa que los dones gratuitos.—Las coronas y las cadenas.—Las cadenas de Pablo por doquiera se predicán,—y son gloriosas.

4. Los santos no buscan el verse libres de los perseguidores tanto como el ganarlos para Dios.—Pablo ganó a Festo.—¿Por qué dice “salvo estas cadenas”?—Gloríase Pablo, no de los milagros obrados, sino de las tribulaciones.—Jesucristo, que no engaña, nos ofrece tribulaciones para esta vida, coronas para la venidera.

5. Dios procede con nosotros como los padres con sus hijos.—Con las tribulaciones nos enseña y perfecciona,—y consuela.—Fruto de la sentencia en los hombres y en las mujeres.

6. Moral exhortación a la enmienda.—Ayunar es pasar el tiempo del ayuno con obras buenas.—Ejemplos.—Gozo del bien obrar.—Nadie puede quitárnoslo.—Nada hay comparable al placer de la virtud.—Debemos ser maestros de otros.

\* \* \*

ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> ¿Cuándo fue pronunciada esta homilía? En el n.º 6 dice el Santo: “Hemos terminado la segunda semana del ayuno.” Por otra parte, hay quienes dicen que fue en el domingo cuarto de la Cuaresma cuando se pronunció. Conviene tener presente la manera de contar los tiempos y semanas de Cuaresma, ora entre los griegos, ora en la Liturgia Romana.

2.<sup>a</sup> Habiéndose anunciado al Prefecto el asolamiento de la ciudad y tratando todos de huir, entrando aquél en la iglesia, los consoló y animó.

3.<sup>a</sup> Luego de haber echado en cara la pusilanimidad de los Antioquenos con amarguísimo sentimiento, habla del temor y respeto a las leyes de Dios y pone a Pablo, preso por amor de Jesucristo, como ejemplar de paciencia primero, de gloria después.

\* \* \*



1. Alabé la providencia del Prefecto, que habiendo visto a la ciudad en tumulto y que todos deliberaban sobre la fuga, entró y os consoló y os condujo a tener esperanza: mas estoy corrido y avergonzado por vosotros, pues habéis necesitado ajenos consuelos exteriores después de muchos y prolijos sermones. He deseado que la tierra se abriera y me tragase, cuando le estaba oyendo que os hablaba y que ora consolaba esta intempestiva e irracional pusilanimidad, ora la inculpaba. Puesto que no debíais vosotros ser enseñados por él, sino estar vosotros convertidos en maestros para todos los infieles. Porque Pablo no permitió que fueseis juzgados de los infieles (1 COR. 6,1); pero tú, después de tanta amonestación de los Padres, has necesitado de maestros de fuera, y los fugitivos y los bribones, unos cuantos, han tumultuado de nuevo la ciudad y han huido precipitadamente. ¿Con qué ojos miraremos en adelante a los infieles, siendo tan cobardes y espantadizos? ¿Con qué lenguaje les hablaremos, y les persuadiremos a confiar contra los males que amenazan, habiéndonos hecho más medrosos que las liebres en la ansiedad presente?

—Y ¿qué haríamos, se dice? Porque somos hombres. —Pues por esto mismo no hay que turbarse, porque somos hombres y no brutos. Estos se espantan todos con fragores y estrépitos, pues carecen de la razón que pueda repeler el temor; mas tú, adornado de razón y de consejo, ¿cómo es que caes en la estupidez de aquéllos? ¿Ha entrado uno y anunciado una incursión de soldados? No te turbes, sino que, dejándole, dobla las rodillas, ora a tu Señor, gime amargamente y alejará la adversidad. Tú, verdaderamente, por haber oído la incursión de los soldados, no estás en peligro de ser arrebatado de esta presente vida; el bienaventurado Job, empero, llegando nuncios continuos y que le anunciaban cosas graves, y añadiendo la intolerable pérdida de los hijos, no dio alaridos, no gimió, sino que se volvió a la oración, y daba gracias a Dios. Imita tú a éste. Cuando alguien que llega anunciar que los soldados han sitiado la ciudad, y que han de robar los bienes, acude a tu Señor y di: *El Señor me lo dio; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (JOB. 1,21). A él no le aterrorizó la experiencia de los males, ¿a ti empero te aterroriza sólo el oírlos? ¿Qué estimación merecemos se tenga de nosotros, que obligados a portarnos valerosamente aun contra la muerte, así estamos trastornados por un falso rumor? El que se turba, no sólo recoge el temor que no existe, sino también la perturbación que no aparece; mas el que está con el ánimo sosegado y

tranquilo, hasta el real descarta. ¿No ves a los capitanes de navío que, enfureciéndose la mar, corriendo las nubes, estallados los rayos, estando todo lo del navío trastornado, él está sentado al lado del gobernalles sin temblor ni miedo, y está dedicado a su arte, para apartar la inminente tempestad? Imítalos tú, y asiendo el áncora sagrada, la esperanza en Dios, permanece inalterado e inmutable.

*Quienquiera que oye estas instrucciones que doy, dice, y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco, que fabricó su casa sobre arena. Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fue grande (Mt. 7,26s).* ¿Ves cómo el caer y desplomarse es por la estulticia? Pero aun somos nosotros más necios, ni siquiera nos parecemos a aquél, sino que caímos más miserablemente que él, pues la casa de éste cayó después de desbordados los ríos, de lluvias caídas, de vientos furiosos; pero nosotros no al caer las lluvias, ni al desbordarse los ríos, no al soplar los vientos, sino antes de tener experiencia de los males, sólo de haber oído, estamos trastornados, y hemos desperdiciado todo cuanto razonábamos.

¿Qué ánimo pensáis que tengo ahora? ¡cómo estoy corrido de vergüenza! ¡cómo estoy deprimido! ¡cómo me sonrojo! De no haber sido compelido por la grande autoridad de los padres, ni me hubiera levantado, ni hubiera hablado, asombrado con el dolor de vuestra pusilanimidad, pero ni ahora puedo volver en mí: tanto obsesionan mi ánimo la indignación y la tristeza. Pues ¿quién no llevará a mal, quién no se inflamará, cuando después de tanta instrucción habéis tenido necesidad de doctores gentiles, que os exhortasen y amonestasen a que soportáseis con ánimo generoso la presente causa de temor? Pedid, pues, que me sean dadas palabras al abrir mi boca, para que podamos sacudir esta tristeza y despertar un poco al alma. Porque la vergüenza de vuestra pusilanimidad grandemente ha derribado nuestra alma.

2. Muchas cosas he dicho poco ha a vuestra caridad, ya de los lazos que por todas partes están tendidos, ya del temor y la tristeza, ya del llanto y el placer, ya de la hoz volandera; pues de todas esas cosas en verdad muchas, sobre todo recordad lo dicho de la hoz voladora, que se vuelve en daño de quien jura, que consume las piedras y los maderos, y que lo destruye todo. Y a la vez también observad cuán grande locura sea tomar el Evangelio para jurar, y la ley que prohíbe jurar hacer que sirva para el juramento; y que más vale perder dineros

que ofrecer a los prójimos un juramento, porque esto cede no poco en honor de Dios. Pues cuando digas a Dios: por respeto a Vos no juré al que había robado y había hecho mal, por este respeto te dará grande gracia ya ahora, ya en el tiempo venidero.

Todo esto decidlo a otros y observadlo vosotros. Sé que aquí somos más reverentes, y que deponemos toda costumbre mala; pero lo que se busca es esto: no que sólo aquí filosofemos, sino que tomando de aquí la piedad, la guardemos fuera, donde necesitamos sobre todo de la misma. Porque los que van por agua, no sólo mientras están en las fuentes tienen llenas las vasijas, y al volver a casa las vacían, sino que con grande cautela las ponen en casa para que no se caigan y el trabajo resulte inútil: imitemos también nosotros a éstos, y con cuidado llegados a casa conservemos lo dicho. Porque si aquí permanecéis saciados, pero a casa volvéis vacíos, llevando las vasijas de vuestra mente vacías de la amonestación, ninguna utilidad tendréis de esta hartura. No me muestres el atleta en la palestra, sino en la lucha: no me muestres tu religión durante el tiempo de la instrucción, sino en la acción. Alabas ahora las cosas que se dicen: cuando vinieres a jurar, entonces acuérdate de todas ellas. Si cumplirse esta ley, promoveré mayor enseñanza de otras cosas.

Es ya el año segundo desde que os diserto, y aun ni un centenar de versos de las Escrituras he podido exponeros. Mas la causa es que necesitáis aprender de nosotros las cosas que vosotros podéis cumplir en casa y la mayor parte de los discursos los tenemos que gastar en asuntos morales. Pero no convenía hacerlo así, sino que el cuidado de las costumbres debíais ponerlo vosotros, y a nosotros nos sería permitido exponer los sentidos de las Escrituras y otras especulaciones. Y si era preciso también el oír de nosotros, más de un día no convenía. Porque no es una cosa variada y difícil de inventar lo que se dice, y no que necesite preparación.

Pues habiéndolo denunciado Dios, no hay necesidad de crujidos. Dios dijo: “No jurarás”; no me preguntéis ya más por las causas. Es ley regia: quien la ha dado, conoce también la razón de ella; si no hubiese sido útil, no lo habría prohibido, no lo hubiera vedado. Los reyes dan leyes, y no todas útiles muchas veces: pues son hombres, y no pueden como Dios dar con lo útil; con todo, obedecemos. Ya al tomar mujer, ya al hacer testamento, ya se hayan de adquirir siervos, o comprar casas, o tierras, o hacer cualquier otra cosa, no lo hacemos según nuestro capricho, sino de la manera que ellos hayan mandado;

y ni para que nuestras cosas se dispongan a nuestro modo somos apenas dueños, sino que por doquiera servimos al parecer de ellos; y si hacemos algo fuera de lo que les parece, lo invalidan e inutilizan. Así pues, a las leyes de los hombres prestamos tanto acatamiento; y ¿así pisaremos las leyes de Dios?, pregunto yo. ¿Qué defensa merecería esto? ¿Qué perdón? Dijo: “No jurarás”: con tus obras no pongas otra ley contraria a la suya, para que todo lo hagas y digas con seguridad.

3. Pero ya es bastante lo dicho: ahora de lo que hoy se ha leído, proponiéndolos una sentencia, terminemos el sermón. *Pablo, preso por [amor de] Jesucristo, y Timoteo [su] hermano* (FILM. 1).

Magnífico apelativo de Pablo; no es nombre de principado y honor, sino que recuerda grillos y cadenas: magnífico de veras; aunque muchas otras cosas le hagan ilustre, como el ser arrebatado al cielo, ser llevado al paraíso, oír palabras inefables; sin embargo, nada de esto puso, sino en lugar de todo esto la cadena: ésta mejor que aquello le hacía ilustre y espléndido. ¿Y por qué? Porque ciertamente aquéllos son dones gratuitos de la benignidad de Dios, mientras que ésta es señal de la tolerancia y paciencia del siervo. Y los amantes tienen costumbre de aficionarse más a lo que padecen por los amados que a los beneficios que de ellos reciben. No se gloría el rey de su corona tanto como él con los grillos se deleita, y con motivo. Porque la corona sólo es ornato de la cabeza coronada, la cadena empero, a la vez que de adorno mucho mayor, sirve de tutela. Muchas veces la corona real delató a quien la tenía ceñida en la cabeza, levantó innumerables insidiadores, e invitó a pretender la tiranía; y en las guerras este adorno es tan peligroso que se lo quitan y esconden. En las batallas algunas veces los reyes, cambiando el traje, vienen así a las manos con los enemigos: tanto delata la corona. Las cadenas, al contrario, nada de todo esto ocasionan a quienes las llevan; cuando el que lucha y pelea contra los demonios y poderes enemigos presentándolas quien está rodeado de ellas, rechaza las acometidas de aquéllos. Y cierto que muchos magistrados de los extraños no sólo mientras mandan, sino también al cesar en el mando están rodeados de fama.

LAS CADENAS DE PABLO POR DOQUIERA SE PREDICAN. Aquél se llama ex cónsul, aquél ex prefecto: mientras que de éste sólo se dice por todo título *el preso por el amor de Jesucristo*, y con muchísima razón. Porque aquellos mandos no son apenas demostraciones de virtud, pues son comprables por dinero, y están necesitados de las recomen-